

## ESPACIO PÚBLICO

Un atajo hacia la equidad.

**Invertir en ciudad es una manera eficaz y factible de dotar de calidad de vida de manera transversal, en un relativo corto plazo,**

Si sobre algo hay acuerdo en Chile, es que nuestro desafío consiste en corregir la desigualdad. Y lo que escuchamos desde todos los flancos, es que para corregir la desigualdad hay que corregir la distribución del ingreso. Y para redistribuir el ingreso hay que dar mejor educación. Todo esto puede llevarnos un buen tiempo.

Mi punto es que la ciudad puede perfectamente complementar lo que debemos hacer en materia de educación. La ciudad, contradiciendo a un ministro, nos ofrece un atajo hacia la equidad, porque invertir en la ciudad, parafraseando a un presidente, nos permite mejorar la calidad de vida de un ciudadano *aquí, ahora*.

De entre todas las formas que hay de invertir en ciudad (transporte, infraestructura, vivienda, etc.) el espacio público requiere una particular mezcla de precisión y originalidad, porque la verdadera dificultad para conseguir un espacio público de calidad es que, en estricto rigor, más que de recursos, se trata del problema de coordinación. Y para actuar coordinadamente se requiere un cambio cultural e institucional.

Mejor doy algunos ejemplos:

### **El parque metropolitano más grande del mundo**

En general, las ciudades o han entendido, o han intuido, que sus geografías pueden ser capitalizadas como fuentes de equidad. Las playas de Río de Janeiro, a pesar de ser ella una ciudad muy violenta y desigual, ofrecen un espacio igualador, disponible para todos, independiente de su nivel de ingresos; la vereda tropical continua de más de 50km. que une todas las playas, permite disfrutar de su geografía exuberante, sin hacer distinciones de ingreso. La playa y la vereda tienen una capacidad igualadora tal (de hecho todo el mundo en ese espacio está sólo en traje de baño y hawaianas), que funciona como una especie de fusible social. ¿Quién sabe si no fuera por las playas o las veredas, Río no sería más resentida y por tanto todavía más violenta?

La especie de doble caja del Támesis que permite disfrutar del río (lo único barato de Londres), el malecón de La Habana o la costanera a lo largo del río Paraná en Rosario, construida simplemente sobre la explanada horizontal dejada libre por el retiro de las líneas del tren y que abrió para la ciudad el espectáculo de los silos de grano, son la demostración que mares, ríos y valles, pueden ser capitalizados en paseos, donde las gentes de esas ciudades, todas si fuera necesario, pueden ir, gratis, a ver a los demás ciudadanos.

¿Cuál es el espacio público de escala geográfica de Santiago? No haga demasiada memoria: no lo hay. Es una vergüenza que Santiago no tenga ni un sólo espacio público de una dimensión acorde con la escala metropolitana que ha alcanzado. Hace 100 años, si uno miraba un plano de Santiago, había un espacio que, por decirlo de alguna manera, le

hacia el peso al tamaño total de la ciudad; el parque Cousiño era una pieza que cabía 5 veces en el ancho de la mancha urbana. No hay en este momento ni un solo espacio público lo suficientemente grande para poder pasear como corresponde; después de unos cuantos minutos de caminar, hay que empezar a ver cómo se sigue; nuestros espacios públicos son como esos ríos intermitentes del desierto, que al cabo de un rato desaparecen, o como el propio Mapocho, que desaparece antes de salir del valle. De hecho el río, en general el lugar más fácil a lo largo del cual se podría haber armado un paseo, tiene espacios públicos intermitentes en sus bordes. La proporción entre la mayor extensión de un espacio público, se trate de un parque o una simple vereda habilitada para trotar, y la totalidad del espacio urbano de Santiago, es como 1 a 50, es decir, un accidente insignificante en la mancha metropolitana.

Salvo por una excepción. Santiago tiene el parque metropolitano más grande del mundo, el cual, a pesar de tener una posición privilegiada en el valle, es visitado apenas por 5 millones de personas al año. (es decir, cada santiaguino visitaría apenas 1 vez al año el parque) ¿Qué hemos hecho para capitalizar ese parque de magnitudes geográficas? Nada, porque si bien se han hecho esfuerzos enormes por transformar esa roca en parque, al ser un cerro, no es un lugar que sirva para pasear. Lo que hace la diferencia es bien sutil pero real: los autos van por las mismas vías que los peatones y esas vías son en pendiente. Se pueden practicar algunos deportes en el cerro, pero no es posible andar en bicicleta con niños, pasear con abuelos, jugar a la pelota o simplemente caminar, porque falta un espacio horizontal; sólo un lugar horizontal puede permitir ese nivel de despreocupación propio del paseo.

Hace algunos años el arquitecto Ricardo Torrejón presentó como Tesis de Título, un proyecto para transformar el antiguo Canal del Carmen que rodeaba el Cerro San Cristóbal, en un paseo peatonal. Ese canal (Carlos Ried, la calle que va por arriba de los canales de televisión, es una huella de él), completa una extensión horizontal de 10 kilómetros. Dado que la pendiente del valle es del 2 por ciento y la del viejo canal de regadío es de apenas 4 por mil, (es decir prácticamente horizontal), a medida que el canal rodea el cerro, se eleva por sobre los techos de la ciudad y por sobre el valle. Esta especie de Zócalo del Parque podría convertirse en una “Promenade” de magnitudes geográficas con un nivel de inversión mínimo y dotar a Santiago, por fin, de al menos un paseo en el que por largo rato uno se pueda desentender del camino a seguir y disfrutar de su geografía.

Capitalizar este paseo peatonal continuo se podría reducir a despejar el viejo canal de arbustos y rellenarlo con maicillo, por lo que su verdadera piedra de tope no son los recursos, sino la coordinación. Para constituir este paseo de escala geográfica y magnitud metropolitana, se debe esperar a ver qué ocurrirá con el proyecto de los túneles que atraviesan el parque (es tal la congestión que ellos generarían en el peor nudo vial de Santiago, que es posible que haya que reevaluar su ejecución) y reconsiderar la conveniencia del proyecto de un asesor urbanista de la Municipalidad de Providencia que plantea hacer una vía vehicular en trinchera a los pies del Cerro San Cristóbal.

Si los túneles cambian su trazado hacia el sector de La Pirámide, las obras que se alcanzaron a ejecutar podrían convertirse en el tramo fundacional del paseo. En el caso de la vía expresa a los pies del cerro, la primera coordinación que debe existir es de la Municipalidad consigo misma, porque es justamente ella una de las instituciones que ha liderado el proyecto y eventualmente invertirá recursos para la creación de este paseo

metropolitano, paseo que es incompatible con una vía que cortará la relación de la ciudad con el parque.

Para evitar el colapso de la red vial de Santiago se hará necesario reevaluar el proyecto de los túneles. Eso podría ser visto como una oportunidad para que la Municipalidad de Providencia en su nuevo Plan Regulador se defina sobre cuál de los proyectos prefiere (vía expresa o paseo metropolitano). Ambas situaciones podrían disolver el conflicto que en este momento implica un enorme daño para el parque y para la ciudad. La coordinación de proyectos podría constituir la primera piedra del Zócalo, transformando una obra resistida (por la comunidad) en una obra resistente (a las críticas).

## **El espacio público como reparación**

Una ciudad no es una acumulación de casas, sino una concentración de oportunidades, de todo tipo; trabajo, salud, educación, esparcimiento. Si pensáramos en la ciudad como un cuerpo, la **conformación** del tejido urbano debiera dar cuenta de esta constitución compleja y rica. Pero hay enormes extensiones de la ciudad cuya constitución celular, por decirlo de alguna manera, es pobre en el más amplio sentido de la palabra. El problema de nuestra periferia no se reduce a ser muy segregada y socialmente homogénea (nivelada hacia abajo), sino que el tejido urbano es prácticamente sólo residencial. En nuestra periferia norte, poniente y sur, los estándares de comercio, servicios y áreas verdes son muy inferiores al Centro-Oriente de Santiago, tanto que en la práctica, más que hablar de ciudad, se debe hablar de acumulación de casas. Y donde está más desnutrado este organismo es en el espacio público. Si en la zona Centro-Oriente de Santiago hay más de 3,5m<sup>2</sup> de comercio por habitante, en la periferia hay menos de 1 m<sup>2</sup>. Las mismas cifras se repiten para los servicios. Vuelve a ocurrir lo mismo con las áreas verdes; si en el Centro-Oriente de Santiago hay más de 9m<sup>2</sup> por persona, en la periferia hay menos de 2m<sup>2</sup>.

Si la periferia desprovista de oportunidades fue producto de una Política Pública, ¿por qué no usar una Política Pública para corregirla? Hay un proyecto liderado por la Universidad Católica y los Municipios de La Pintana, Puente Alto y La Florida, que busca desarrollar un polo de empleos y servicios en el sur de Santiago. Ello a partir de los terrenos agrícolas del INIA/MINVU en La Pintana y los pozos de extracción de áridos privados que operan entre las comunas de La Florida y Puente Alto. Si a ellos se suman los terrenos del Campus Antumapu de la Universidad de Chile se genera una “oportunidad” de 800 hectáreas, ubicada en plena periferia sur de Santiago. Para hacer este proyecto factible, se propone construir una gran zona de equipamiento y servicios con cargo a la venta de macro-lotes privados aprovechando las plusvalías que generarían estas zonas mejor equipadas y con mejores barrios. Un proyecto así, duplica las áreas verdes de Santiago Sur, equilibra la distribución de equipamiento, genera mejor conectividad Oriente-Poniente en una extensa zona de la ciudad que extrañamente no la tiene, soluciona el problema de los pozos de áridos, da una nueva imagen a una de las macro zonas más deprimidas de la ciudad, rompe la segregación y lo que es más importante, puede potencialmente disminuir los tiempos de viaje al crear un nuevo centro. En lo que va de avanzado del proyecto, se han coordinado transversalmente intereses de todos los actores y, dado que el 85% de los terrenos son públicos, cuestión

que implica por tanto sólo un cambio del Plan Regulador Metropolitano de Santiago, este proyecto en la práctica se reduce a una cuestión de coordinación y no de recursos.

### **Ferias Libres reversibles**

Hay 400 ferias libres en Santiago. 8 millones de personas concurren a ellas mensualmente. El 70% de las frutas y verduras que llegan a la Región Metropolitana se comercializan en ellas. Estas ferias se ubican normalmente ocupando calzadas. Pero la nueva Ley de ferias Libres, el TranSantiago y la irrupción en este nicho del mercado de las cadenas de supermercados a escala de barrio harán que cambie el panorama. Las ferias se deberán reubicar en la ciudad, formalizando su instalación en espacios especialmente adaptados, con nuevos y mayores estándares sanitarios. La necesidad de reubicación de las ferias libres es una enorme oportunidad de dotar de espacios públicos a sectores de la ciudad que tienen un enorme déficit en ese sentido. Tal como tenemos hoy vías reversibles para hacer un uso más eficiente de la vialidad disponible, los espacios diseñados para las ferias deberían ser pensados para los días que no hay feria. Una feria tiene en promedio 300 puestos y se instala 2 veces por semana en cada lugar, rotando e itinerando. Hay aquí una enorme oportunidad de reducir un déficit de espacio público si los diseños incluyen como parte de la pregunta, los 5 días de la semana que no hay feria y a los 5000 vecinos que ella sirve.

La pavimentación necesaria para el manejo de la basura y la circulación de mercadería, la iluminación o los servicios sanitarios debieran tener la doble condición de ser además multi-canchas, camarines, paseo o simplemente la sombra o la iluminación nocturna que nuestra periferia no tiene. Los postes de la luz tienen un potencial enorme para convertir la mera infraestructura en un buen lugar.

### **El espacio público como edificio**

La mayoría de las veces los espacios públicos de mayor calidad son, en realidad, privados. En estricto rigor se llaman espacios colectivos, porque son de propiedad privada pero de uso público: el foyer de un teatro, el hall de algún ministerio o museo o la nave de alguna iglesia pertenecen a esta categoría. El ejemplo más potente y civilizado que tenemos en Chile, es la posibilidad de atravesar el Palacio de La Moneda. En realidad, lo verdaderamente único es que se trata más bien de un derecho, desde el momento que uno cada vez que atraviesa por ahí, se siente tentado a tener que pedir permiso o dar explicaciones cuando en realidad nada de eso hace falta. Esto es muy impresionante y no conozco otro lugar del mundo donde al ciudadano se le haya dado el poder de usar, aunque sea para caminar, el palacio de gobierno, en un mundo donde la seguridad ha debilitado ese poder cívico.

Se podría pensar entonces que el incendio del Diego Portales es una oportunidad cívica para que un edificio contribuya al espacio público. Si el tramo destruido por el incendio fuese un gran anfiteatro al aire libre, que al mismo tiempo es la escalera que permite acceder a una plaza elevada y bajo la cual se rehiciese el salón de plenarios, dotaríamos al tramo más público de la Alameda (todos las celebraciones importantes terminan ahí) de un lugar para estar y no sólo pasar.

### **El espacio público como living**

Lo que me parece mejor de Santiago, no es algo visual, sino más bien táctil: su clima. Cuatro estaciones bien definidas, inviernos más bien cortos y no muy duros, un verano largo. Si hace calor, basta con ponerse a la sombra; la diferencia de temperatura entre sol y sombra, dado el clima seco, es muy notoria, muy notable. Las tardes entre septiembre y abril son unánimemente agradables. Las noches son frescas, buenas para dormir. La sequedad, de nuevo, hace que esas tardes y esas noches sean sin bichos ni mosquitos. Un clima así, sólo requiere de árboles para poder ser disfrutado; no parques, árboles. Un cálculo muy general, hecho por Galetovic y Jordán, indica que arborizar y regar todo Santiago con el estándar de Vitacura o Lo Barnechea, cuesta del orden de 60 millones de dólares. Esto no es una mera cuestión estética para maquillar a La Pintana o La Granja, por ejemplo. Si pensamos que la periferia de Santiago se ha construido básicamente con vivienda social, los tamaños de esas casas hacen que el “living” sea la calle. Imaginemos lo distinto que sería que ese “living” estuviera arborizado, sombreado en verano. Ello no sólo requeriría que estuviésemos dispuestos a invertir en árboles y su regadío; deberíamos también estar dispuestos a invertir en cableados subterráneos y de nuevo no por una cuestión estética, sino porque una de las razones por la que los árboles no crecen frondosos en la periferia es porque las distintas compañías de servicios los podan para mantener libres los cables aéreos.

En fin... el clima es de lo que hablamos para romper el hielo o cuando no tenemos tema; pero en Santiago, ese lugar común, más que como una frase hecha y por tanto vacía, podría ser entendido en su doble condición lugar corriente y de lugar compartido. Usar la ciudad como una fuente de equidad es un atajo. Un atajo, esa diagonal que siempre buscamos, no es sólo el recorrido más corto posible; es también la visión más larga sobre un determinado campo. Ojalá que los proyectos aquí presentados cumplan esa doble función: de economía (de recursos) y de expansión (de la vida).

Alejandro Aravena, es arquitecto y dirige ELEMENTAL, un Doing Tank asociado a la Universidad Católica de Chile y Copec.